

MARIA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

Las mujeres y el poder. Entre el sistema de representación democrática y la política en primera persona

Escribía Anna M. Fernández Poncela en *El peso de la historia y la tradición cultural*, publicado en esta sección del número 5 de DUODA, que en la Nicaragua que salió de la Revolución Sandinista «se observan asincronías entre la destacada participación de la mujer en la esfera económica y su centralidad como eje del ámbito doméstico, por una parte, y de otra su reducido acceso formal al espacio del poder.»¹ La autora atribuye esas asincronías principalmente al peso de una larga historia de subordinación social de las mujeres a los hombres, historia que las propias mujeres han asumido en parte, hasta el punto de resistirse a aceptar las instancias de poder que les son ofrecidas por los hombres que las tienen cuando ellas han hecho ya el largo y arduo camino que precede al momento de ser consideradas merecedoras de la oferta.

Estoy de acuerdo con Anna Maria Fernández Poncela. Pero me pregunto: ¿No saben ya las mujeres, cuando empiezan con pasión y con generosidad su carrera política, que la dedicación a la casa y a la familia no caben en esa lucha? ¿Nos cierra toda salida el patriarcado? ¿Basta la historia de nuestra discriminación para explicar una situación aparentemente tan contradictoria? Pienso que no porque, si bastara con la explicación histórica, no habría esperanza para mí, no habría esperanza para mi deseo de existir libremente en el mundo.

Cuando yo rechazo una instancia de poder que -si la desempeñara como dios manda- me alzaría un peldaño más en esa escala de Jacob que parece empujar siempre hacia arriba, lejos de mis orígenes, suelo (si hay confianza) decirle al que me la ofrece que la burocracia es muy aburrida, que me moriría de tristeza, que quizá en otro momento..., cuando sea mayor... La verdad, sin embargo, no es ésta. La burocracia no es ni triste ni aburrida cuando se desempeña en un contexto político no anquilosado, no muerto. Para mí, este contexto político no anquilosado, este estar en el mundo en primera persona, consiste en percibirme día tras día sustentada por mediaciones femeninas que mantengan vivo el rastro de mi cuerpo en la historia y den (ininterrumpidamente y no cada x años) sentido a mi deseo de intervención en la realidad, a mi hacer política sin consignas que vengan del más allá. Cuando esta genealogía sensata se rompe dejándome sin arraigo y mi representación vacía de significados, cuando no represento a nadie en concreto ni encuentro tampoco mediaciones con las cuales generar algo nuevo en el mundo, entonces no puedo aceptar esa instancia de poder que «supuestamente» merezco. Como ha escrito Dolors Reguant en esta misma revista: «en una societat on totes les mesures de valor són masculines i les riqueses femenines circulen amb marca neutra, les dones hem de buscar la nostra pròpia mesura.»²

notas:

1. Anna Maria Fernández Poncela, *Las mujeres y el poder. El peso de la historia y la tradición cultural*, «Duoda» 5 (1993) 140.
2. Dolors Reguant, *Cartes a Duoda*, «Duoda» 5 (1993) 17.